

LA PROTESTA

CRÓNICA EXTRANJERA

La muerte de Anselmo Lorenzo

¿Qué sería la vida si en su incierta carrera no tuviese un término?... Sería, sin duda alguna, el más horrible de todos los tormentos.

Cuando en la prensa diaria leí la inesperada noticia del fallecimiento de mi viejo camarada y querido amigo Anselmo Lorenzo, una profunda sensación de pena trastornó mi habitual ecuanimidad y seguramente hubiera continuado largo tiempo abismado bajo la presión del dolor producido por tan nefasta noticia, a no venir en mi auxilio el recuerdo de aquellos versos del inmortal Cervantes, que dicen:

«Ven, muerte tan escondida — Que no te sienta venir — Porque el placer de morir No me torne a dar la vida.»

El rememorar en momentos tan críticos los citados versos, produjo en mí el efecto de un poderoso calmante que me dejó en condiciones de medir la magnitud de la pérdida que por largo tiempo ha de sentir el proletariado y el anarquismo mundial y muy singularmente el español con la muerte del apóstol de la emancipación y consecuente heraldo del anarquismo comunista.

Pero dejemos las disquisiciones filosóficas a un lado y pasemos a decir quién era el infatigable luchador que ha bajado a la tierra pensando en la liberación de la humanidad doliente.

El 31 de abril de 1841 nació en Toledo y de un matrimonio proletario, un niño, al que le pusieron por nombre Anselmo. Como vástago de familia obrera, pasó su infancia rodeado de todas las dificultades y privaciones que son secuela de la carestía de medios de vida, manifestándose tal circunstancia en la fase educativa y cultural, la cual fue defectuosa en grado sumo. Ya adolescente, Anselmo fue llevado a Madrid y colocado de aprendiz en una imprenta. Pronto se distinguió por su laboriosidad y aplicación de sus camaradas, viéndosele con el componedor en la mano hecho un inteligente obrero tipógrafo.

Hombre ya, y despierta su inteligencia, sentía en su interior el noble afán de hacerse con una cultura científica que le permitiera abordar la resolución de los problemas que bullían en su cerebro, y a conquistar esa cultura dedicó una buena parte del escaso jornal que le daban y todo el tiempo que el taller le dejaba libre. Conociendo que en el aislamiento nada conseguiría, se hizo asiduo concurrente a las sesiones que a la sazón se celebraban en el Fomento de las Artes y en las que acostumbraban a tomar parte los jóvenes intelectuales de aquella época, y allí pudo encontrar la virtualidad de los ideales, todavía indefinidos, que germinaban en su cerebro, con los errores y convencionalismos acariciados por aquella juventud. De este contraste nació el que Anselmo, se decidiera a aplicarse al partido republicano federal, fracción política que por entonces era lo más avanzado que se conocía en el campo de la libertad en España, y a la que perteneció muy breve tiempo, obedeciendo a los impulsos de su cerebro que le decía ¡hay que ir más allá.

Con la venida a España del camarada Fanelli, el cual vino a fundar en Madrid, por delegación de la «Alianza Democrática», la Sección española de «La Internacional», Anselmo encontró el camino tanto tiempo por él ansiado; en él entró y de él no se ha separado jamás hasta que la Parca le cortado su existencia.

No seguiremos paso a paso, ni etapa por etapa la larga y accidentada vida

de luchador, de nuestro malogrado y entrañable amigo, pues tal labor ocuparía más espacio del que podemos disponer en las columnas de «La Protesta», pero no por eso omitiremos aquellos episodios que más destacan en su larga historia.

Fundador, en compañía de Fanelli, de la Sección española de «La Internacional», al crecimiento y desarrollo de ésta dedicó sus energías todas. Convencido de la poderosa potencia que representa la posesión de la prensa para la propaganda del ideal, fundó el «Bataillador periódico «Solidaridad» desde cuyas columnas explicó con corrección de estilo y profundidad de concepto los modernos ideales. La siembra esparcida por «Solidaridad» en aquellos tiempos, que la historia denomina «revolucionarios», no tardó en germinar y dar su fruto, pues en muchas regiones de España se constituyeron secciones a base de los principios de «La Internacional».

Durante medio siglo, la valiente y fructuosa actuación de Anselmo Lorenzo, se nos presenta en todas las páginas de la historia del proletariado. Unas veces le vemos en calidad de apóstol en congresos y conferencias que propaga y extiende ideales de redención, apoyados siempre con el necesario argumento científico. Otras le hallamos alentando a las masas a seguir el camino más corto que conduce a la emancipación; y otras, en fin, le vemos preso y maniatado como empedernido criminal, escoldado por seres indignos y conducido, ora a la cárcel flotante, ora al «cien veces maldito Castillo de Montjuich», ora al destierro, y todo para saciar su insania los malvados que desde las esferas del poder temen y odian al heraldo de los ideales de libertad. A su actuación se debe, en una gran parte, el movimiento proletario español que se viene manifestando de cuarenta años a esta parte, lapso de tiempo durante el cual, su pluma bien templada y su cerebro dotado de una extraordinaria fecundia, no han cesado de laborar con acierto y perseverancia hasta mover numerosas huestes que hoy forman la poderosa falange del proletariado militante español que tanto pavor causa en determinados momentos a los malvados dueños del capital.

Constancio Romeo.
(Concluirá)

ACTUALIDADES

Felicitaciones

Todavía no hemos pensado en poner fin a nuestro envilecimiento; colocados en la pendiente imperfecta de los siglos, solamente esfuerzos aislados de la voluntad y de la inteligencia tratan de cambiar la orientación del destino. La generalidad no vive, se mueve a impulsos de un aliento histórico; todavía el temor primitivo domina el pulso de nuestro corazón. Besamos los pies de los héroes y nos dejamos golpear por la mano del primer sinvergüenza; aún no hemos borrado la distinción de las esferas, no nos hemos abrazado. El pensamiento nos produce angustia, lo ignorado que se halla más allá del círculo habitual nos espanta; somos niños todavía; los niños primitivos que se arrodillaban ante los hechos extraños... ¡Fijaos hoy en la actitud de muchos hombres; desde el carterero hasta el último obrero más o menos independiente se extiende una humillación idéntica. Todos entregan a los amos tarjetas de felicitación; felicita el carterero, el basurero, el peluquero, etc., todos se entretienen en el juego del servilismo. Sabemos que el dinero fascina en proporción muy grande; pero observad bien y veréis en los movimientos de esos hombres el temor, el miedo, a lo que ocupa un lugar

alto, una posición elevada. El miedo al amo; después de haberle servido todo el año, ahora, en los umbrales de un año nuevo que debería marcar una ruta nueva en nuestra vida, se le felicita. Servilismo. Humillación—miedo.

Es necesaria una educación nueva de los sentimientos; revolver el cieno del pasado, alumbrarlo con las claridades de una conciencia nueva y elevada de la vida...

La disciplina

En el fondo, el hombre es rebelde; el instinto de la vida lucha para libertarse de la mecanización; somos bastante egoístas para dejar que destruyan las palpitaciones de nuestra voluntad. Una tiranía impuesta no la sufrimos por mucho tiempo; el sentido de la vida, aún bajo los dominios más despiadados, halla resquicios por donde fugarse... Pensad en cualquier época de la historia; frente a la disciplina de los poderes, de las costumbres, se inicia, oculta o públicamente, la rebeldía; no ya la inteligencia, sino las sensaciones más simples buscan el campo de la expansión libre...

Los agentes de policía de La Plata, se sublevaron; después de haberseles rebajado el sueldo se les impuso una instrucción militar. No ya de guardias, como postes siniestros, en las calles, sino que también tenían que aprender a inclinarse y marcar el paso como verdaderos militares — y se sublevaron. Se dictó enseguida una orden de arresto y a esta hora los agentes rebeldes estarán en los calabozos pensando, tal vez, en el arrepentimiento... Porque el hombre es así; cuando algún fracaso corona su obra, piensa si tal obra era buena; desconfía, se arrepiente.

Esta sublevarción es un buen signo; no tardará mucho tiempo la rebeldía completa. Ya veremos también, un día, a los vigilantes arrojar el uniforme y vestirse de hombres.

La disciplina, el uniforme, encarcelan los más sanos instintos; confiamos en el hombre, alentamos en todas partes las palpitaciones libres de la vida...

Vigilantes, agentes de policía, también hermanos nuestros; despegad vuestra voluntad de los hábitos disciplinarios, imprimid a las manifestaciones de vuestro espíritu el tono íntimo, propio, que singulariza, en el fondo, los movimientos libres de vuestra voluntad y de vuestro pensamiento... Libertad el instinto.

El concepto de la civilización

«La Nación ocupándose del problema del indio, dice:

«La civilización tiene por principal aliado de implantación y difusión la justicia y el derecho, y aquí es el caso de civilizar a los patrones, de imponerles respeto a los derechos legítimos de trabajar y subsistir que violan y desconocen despiadada e impunemente en esos indios, desvalidos de toda protección y seguridad social, entregados a la explotación que suscita en ellos el sentimiento regresivo de raza y de ambiente.»

Justo; la civilización consiste en la práctica de la justicia y del derecho, y es necesario aquí, y en otras partes también, civilizar a los patrones. Pero, la justicia y la garantía del derecho jamás pueden provenir de instituciones establecidas con propósitos de gobierno; lo único que pueden hacer las instituciones es elevar el concepto de la vida al nivel de los intereses de los triunfadores. Hoy, como ayer y como hace siglos, la norma de la justicia está determinada por el interés; y mientras el interés nuestro, por ejemplo, sea contrario al interés de otros hombres, la justicia y el derecho serán vanas palabras. La civilización verdadera requiere la libertad; justicia y derecho, en la hora actual, son abstracciones que cada uno comprende a su manera; el concepto que tiene el gobierno de la justicia, carece de legitimidad para establecerlo con carácter general y único; la libertad absoluta es

esencial a la justicia. Dejad a los indios que vivan como quieran; si os conmueve su inferioridad lo único que podéis hacer, si queréis ser justos, es darles, y no quitarles; solamente podemos dar algo de lo que nos pertenece, pero no quitar. Esta justicia sería practicable en una sociedad en que los intereses estuvieran armonizados; hoy es imposible. Hoy queremos exclusivamente trabajar para nosotros, sin fijarnos si herimos a otros. Somos esclavos, ya de los intereses, ya de las formas, y obramos en consecuencia; solamente cuando seamos libres podremos entregarnos a los hombres, practicar la verdadera justicia.

Entonces, el concepto de la civilización, será puro, exacto.

Delincentes policiales

EL CRIMEN DE AYER

Hace pocos días — con motivo de la insoportable calor — los presos del pabellón ed la Alcaldía 3.ª, de la calle Rodríguez Peña y Moreno, pretendían quitarse la ropa exterior, para estar un poco más cómodos dentro del encierro.

Tanto los guardianes, como el subalterno caído conceptualmente era «inmoral», lo que querían hacer los presos, y sobre todo, que tal disposición no figurara en los reglamentos. Y por el simple hecho de haberse quitado del cuerpo la ropa, fueron castigados con la privación de los sindicados como iniciadores de ese acto de indisciplina. Los demás presos del pabellón protestaron cuando vieron sacar a sus compañeros e hicieron un tumulto, que fue reprimido por un piquete armado. Los presos indeseados fueron heridos a puntazos de bayoneta y golpeados a culatazos con los mauseres.

Todos esos hombres que están sufriendo en su físico los efectos de un ambiente inmundo, son «delincentes», que custodia la policía, pagada por la sociedad para mantener el orden y la seguridad personal de los individuos en la vida social (sic).

Cuando estos llamados delincentes son atacados en esa forma tan cobarde por sus vigilantes, cabe suponer que la delincuencia debe estar más desarrollada en los sentimientos amorosos, de esos sujetos investidos de una representación que niegan con sus procedimientos, fruto de sus pasiones insanas.

¿Cómo creer que por el sólo hecho de pertenecer a una de las instituciones conservadoras, los empleados de policía están al margen de la delincuencia?

Los hechos malos no hacen sino confirmar que los policías, carcerales y demás parásitos defensores del régimen, son los que con mayor fuerza contribuyen a la estadística de los acontecimientos sangrientos, de atentados a la vida y a la tranquilidad individual.

Nada puede extrañar, entonces, que se torture a los presos, do quienes los guardianes tienen un concepto de inferioridad que parece autorizarlos a ser crueles, por lo mismo que los tienen sometidos y bajo vigilancia. Pero cabe reflexionar con más detenimiento ante sucesos como el de ayer, del que ha resultado víctima de la delincuencia policial un niño de catorce años.

El hecho se desarrolló en la calle Calamarca y 11 de Noviembre a las 11 a. m. La víctima se encontraba jugando en un sitio baldío con otros menores, y en esa circunstancia pasaba

